

ENTRE LA CONSERVACIÓN Y LA DESTRUCCIÓN

DE LA CULTURA ESCRITA. ¿UNA PARADOJA?

La historia de la cultura escrita no puede soslayar sus contradicciones inherentes. Su principal contradicción es la destrucción física de la misma. La lógica de la escritura es la conservación, retener el flujo de las palabras, conservar lo efímero. La consecuencia lógica es que a partir de la conservación de los textos se constituya una memoria escrita. el análisis del pasado pone de manifiesto la constante filtración de la realidad que va unida a esta práctica, práctica inherente a la cultura escrita. La finalidad de esa filtración es la de conformar una determinada memoria, una determinada imagen del pasado. Para ello se puede ejercer sobre la cultura escrita una violencia sutil, pero también una violencia extrema y física que lleva a la desaparición de determinados testimonios escritos y que entra en contradicción con la lógica de la escritura que lo que pretende es conservar.

Entre las acciones humanas destinadas a liquidar la memoria destaca la quema de libros que nos lleva a la galaxia cultural en la que nos sitúa la obra *Fahrenheit 451*. La alegoría de *Montag*, el protagonista descrito por *R. Bradbury* no resulta en absoluto irreal. Este bombero es extraño y contradictorio porque empieza quemando libros y acaba leyéndolos.

Hay una vinculación estrecha entre la quema de libros y la destrucción de la memoria. Ese extraño placer al ver los libros arder no pertenece sólo a *Montag* y sus compañeros, sino que instituciones como la Santa Inquisición y regímenes totalitarios también lo han experimentado. Esta alegoría no está lejos de nuestra realidad actual ni al margen de nuestra tradición histórica cultural.

Pero existen también otros métodos para acabar con la memoria además de la quema de libros, y están basados en modos de comportamiento. No debemos ser ingenuos, la negación del aprendizaje de las lenguas clásicas es una invitación al olvido, para no acceder a los textos directamente, sino a través de ya alguna interpretación.

Otras formas de esa violencia son, por ejemplo, las que encontramos en el artículo de *Petrucchi Los clásicos refutados*, don de se ve la selección del poder con respecto a lo que hay y lo que no hay que leer. Nos acercamos, pues, a la constitución de un canon. En su texto, *Petrucchi* nos habla de cómo en universidades de EE.UU. se han producido reacciones de estudiantes ante la imposición de un canon literario anglosajón, blanco y occidental. En otro artículo, *M. de Certeau* habla de cómo en la enseñanza los profesores dirigen la interpretación de los textos sin dejar que los alumnos los interpreten de otro modo. Por esto, si nos fijamos en estos dos ejemplos, nos damos cuenta de que, aunque aquí la memoria escrita se conserva, está siendo sometida a un control, a una violencia.

La violencia extrema aparece en la novela de *Bradbury*. Pero esta violencia continua: la destrucción de la Biblioteca Nacional de Sarajevo, destruida por los bombardeos de los serbios en los inicios del conflicto (26-8-1992).

Si a estos ejemplo sumamos los que se han ido sucediendo a lo largo de la historia, nos damos cuenta de que la violencia extrema ejercida sobre la escritura es una constante. A lo largo de la historia se han quemado infinidad de libros. Hay que empezar haciendo referencia al emperador *Shih Huang-ti* (220 a.C. aprox.) que ordenó la quema de libros. Se quemaron importantes obras de filósofos, etc. Se llamó a sí mismo primero para hacer borrar el pasado y se puso el nombre del emperador que había inventado la escritura y la brújula. Para esto, destruyó todos los testimonios escritos, para borrar la memoria, para destruir el pasado y luego reescribirlo a su manera.

La quema de libros aparece durante toda nuestra historia, como ya hemos dicho anteriormente. Aparece también en la Biblia y en numerosas ocasiones se ha producido la destrucción de libros por los ministros de la Iglesia y esto lo encontramos, por ejemplo, en el *Index Librorum prohibitorum* de Gregorio XVI.

Más próximos a nosotros encontramos lo sucedido en 1933 en la *Franz Joseph Platz* de Berlín, donde el 10 de mayo los nazis procedieron a quemar infinidad de libros. *Goebbels* en su diario hizo una interpretación de este acontecimiento completamente distinta a la que podríamos hacer nosotros. La destrucción del pasado para construir un futuro completamente dirigido está presente en todos los regímenes totalitarios.

No hay estudios sistemáticos sobre el por qué de los constantes ataques a la memoria escrita. La quema siempre ha sido realizada del mismo modo pero las motivaciones no han sido siempre las mismas, y hay que analizarlas detalladamente. A tenor de los elementos disponibles se puede afirmar que con la quema de libros se ha pretendido alcanzar determinados fines. Las razones han sido resumidas por *Leo Löwenthal* en tres puntos:

- se ha quemado con el fin de extinguir la historia.
- para conseguir el exterminio en el presente de los portadores de infecciones o enfermedades que pudiesen atacar al sistema (quemaduras profilácticas)
- para la liquidación del sujeto

Francisco Gimeno Blay en su artículo *Quemar libros qué extraño placer* amplía lo dicho por *Löwenthal* y plantea fundamentalmente los siguientes valores:

- la manipulación mediante la destrucción de la memoria, del pasado.
- la destrucción de la herejía, la destrucción de la heterodoxia.
- la búsqueda de la verdad (juicios de Dios).
- destruir el texto para destruir los símbolos de poder o destruir para acabar con un statu quo que determina quién es el legítimo propietario de las cosas. Son quemaduras que no vienen del poder, sino del contrapoder, pero sueña también con destruir el pasado para construir un nuevo presente.

En relación con esa manipulación mediante la destrucción del pasado hay una valoración global de *A. Mangel*, que propone en *La historia de la lectura* una lectura más amplia de las distintas quemaduras. ¿Por qué y para qué se queman los libros?

Lo que se persigue es la destrucción de la memoria. La forma de imponer un modelo social determinado a una sociedad es destruyendo parte del pasado colectivo y la memoria. El que desde el presente controla las objetivaciones del pasado controla también el futuro. El pasado es un terreno imprescindible para justificar el presente y proyectar al futuro un determinado modelo social y por eso el poder pretende controlarlo.

No cabe duda de que la destrucción de la memoria ha sido beneficiosa para los regímenes totalitarios porque sienten la necesidad de reescribir la historia según sus propios intereses. Esto sucedió con los nazis, pero también en la historia española encontramos que al final de la Guerra Civil y con el franquismo se produjo una reescritura de la historia y la adecuación al nuevo régimen de otros conocimientos que ayudaban a reconstruir el pasado colectivo. Lo que organizaron las enseñanzas en esos momentos del franquismo pensaban que era necesario utilizar cualquier tema para extraer enseñanzas morales y religiosas.

Orwell, en su obra *1984*, refleja a la perfección esta imposición de la memoria, cuando *El Partido* controla toda la información, destruye una y coloca otra creada por él para dar forma a un presente y a un futuro con el control absoluto de los medios, de tal manera que sólo se conozca esta historia y ninguna otra diferente a ella.

Destruye el pasado y las fuentes que hablan de él para poder componer uno nuevo omitiendo datos, cambiando otros, etc.

Dentro de lo expuesto por *Gimeno Blay* hay un segundo punto: higienizar la sociedad. Todos los que han justificado la quema de libros han considerado que los libros constituían el medio más eficaz para transmitir la infección herética en una determinada sociedad. Esto lo vemos reflejado incluso en *El Quijote*, cuando la sobrina y el ama dicen: *la poesía y la literatura enferman al hombre*. Los libros aparecen como causa de todo mal.

En tercer lugar, según *Gimeno*, la quema de libros lleva a los hombres a la destrucción: se empieza quemando libros y se acaba quemando a los autores. Dentro de la trayectoria histórica occidental, una de las formas de reprimir la heterodoxia ha sido la quema de los autores que defendían determinadas ideas. Los que han perseguido la heterodoxia han sido conscientes del peligro potencial de un libro y de que quemando el libro se acaba con las ideas de quien lo escribió, es decir con el autor.

Para terminar esta reflexión sobre la conservación y la destrucción de la cultura escrita diremos que sí, sin lugar a dudas existe una paradoja, que viene determinada por esa destrucción que ha perseguido a la cultura escrita durante toda la historia. Es interesante pensar por qué si la principal misión de la escritura es dejar constancia de lo que sucede, hay gente que se afana en destruirla. Es paradójico, igualmente, su gran poder y cómo puede ser utilizada en beneficio de unos pocos para controlar a las masas mediante su reescritura o por medio de la selección de lo que debe o no debe ser conservado.